La Hermana del Soldado

(Novela Inédita)

Capítulo II

La hermana del soldado fue el objeto de todas las conversaciones del matrimonio.

-- Es indudablemente una señorita, y una señorita muy bien educada- decía Zalea a su mujer mientras se desabotonaba la camisa disponiéndose a meterse en el lecho conyugal. La distinción de sus maneras, su exquisita sencillez.....

-- ¿Sabes lo que estoy pensando?, -salió de pronto diciendo Enriqueta, cuando ya habían apagado la luz de la mesa de noche -que sería una magnífica profesora para las niñas.....

-- Tenía razón- le respondió Zalea. Me parece muy a propósito....

Y pensando en la profesora se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, hallábase él muy atareado en su escritorio, hilvanando un cuento en el cual refería la historia de una mariposa cogida por unos muchachos y atravesada por un alfiler.

En el momento en que acababa de pintar la agonía de aquella maravilla de color y de luz que con las alas brutalmente desposeídas de su polvillo de oro buscaba en el vacío un apoyo, agitando sobre la herida misma causada por el acero helado y aumentando con la inquietud de sus propios movimientos sus agudísimos dolores, soltó la pluma y se fue a la cocina donde su mujer

preparaba la comida en tanto que Antonia fregaba el suelo del comedor.

-- ¿Sabes que Ramírez, el secretario, es quien puede recomendar el muchacho al ministro?... En último caso García podía interesar a Martínez Campos en su favor.

-- Es verdad- respondió Enriqueta, soltando el rodillo con que extendía sobre la mesa la pasta de unas empanadas y dejaba caer los brazos a lo largo del cuerpo, sonrosados, salpicados de harina, y se alargaba su cara al observar: Lo que hay, es que no nos ha dicho el nombre de su hermano, ni el regimiento o batallón a que pertenece.

-- Se lo preguntaremos.

-- Señorita, póngale sal al puchero, que se me ha olvidado- gritaba Antonia desde su sitio, con la balleta chorreando en la mano, suspendiendo un momento su tarea ya casi terminada, para enmendar su olvido.

-- Esta tarde podemos ir a verla, decía Zalea.

-- No, hombre- le replicaba Enriqueta, lavándose las manos en el chorro de la fuente -¿no recuerdas que dijo que no volvía a su casa hasta la noche?

-- "Con sus nerviecillos al aire" - seguía poco después escribiendo Zalea; "Sus alas transparentes tocaban temblorosas el acero clavado en el yeso que recubría el muro de insensibles piedras. Para sus inocentes verdugos las contorsiones de la víctima eran signos

vacíos de expresión.

¡Qué aterradora se mostraba en aquel momento la barbarie humana! ¡Qué imponente en toda la irresponsabilidad de la ignorancia!"

- "¡Mamá, tengo hambre!" gritó una de las chicas asomándose a la cocina.

-- "Ya está el almuerzo, no falta más que freir las empanadas." - Y dirigiéndose a la criada, que entraba con el cuerpo ligeramente ladeado por el peso del cubo "¡Vayan ustedes preparando las cosas para poner la mesa!"

"Signos de un lenguaje mudo para las almas que no han nacido a la vida de nuestra civilización; letras del eterno abecedario del dolor!" - seguía escribiendo Zalea.

-- "Oye", preguntó la mujer entrando en el despacho. "Perdona que te interrumpa, ¿quieres que comamos enseguida?"

- "¡Pero mujer, no me dejas trabajar!" exclamó sin levantar la vista de las cuartillas.

"Aquella existencia hecha para el beso de las flores....."

-- "Dispénsame, hijo, pero es que había pensado que comiéramos pronto para tener tiempo de dejarlo todo listo y de irnos al Prado a ver si la encontramos. Así podrías tú saber el nombre de su hermano y el batallón a que pertenece y recomendarlo esta misma tarde!"

Y de pie, junto a la mesa, esperando la respuesta, se desdoblaba las mangas arrolladas hasta el codo.

Zalea suspendió su trabajo. Y con una mirada en la que había un no sé qué de admiración y de ternura, recorrió a la mujer de los pies, metidos en unas botas usadas, hasta el moño, formado por sus cabellos relucientes, que en una torzada se recogían sobre la nuca.

-- "¡Eres la flor y nata de lo bueno! ¡Archipámpana mía! Anda y haz lo que te dé la gana, que yo estoy acabando."

Enriqueta salió y, ya en la puerta, abrió los brazos para detener a las niñas que venían corriendo hacia el despacho.

-- "No; dejemos a papá, que está trabajando."

-- "¿Pero no tomemos?" preguntó Blanquita.

-- "Sí, enseguida, vamos a poner la mesa. Venid a ayudarme!"

Zalea, interrumpido en su labor, se levantó un momento y se puso a liar un cigarrillo. Elaboraba mentalmente los últimos párrafos de su artículo. Cuando ya tenía su cigarrillo enrollado y la cerilla dispuesta, soltó uno y otra y ocupando sitio:

"En la pequeñez de aquel cuerpecillo taladrado aleteaba en toda su majestad el drama humano. ¡Inocente mariposa! Satisfecha la curiosidad desordenada y cruel de tus torturadores, un escobazo te llevará yerta y fría al montón de estiércol. Tus alas deslucidas no se encerrarán entre las vitrinas del sabio para enseñanza de ignorantes. Pero el estiércol tiene su epopeya. Y en el misterio de sus fermentaciones el polvillo de tus alas irá a transformarse en el velo de menudas yerbezuelas que cubran el montón podrido, revistiéndolo con reflejos de esmeralda y tonalidades

de turquesa!"

-- "¡Paco, que se enfría la sopa! - le gritó desde el comedor la hacendosa ama de la casa.

-- "¡Allá voy!" Y al ocupar su silla de Vitoria, exclamó satisfecho: "¡Lo que es hoy, no he perdido la mañana!"